

REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM. 274.

MADRID 9 DE OCTUBRE DE 1845.

SEGUNDA SERIE.



EL LOBO Y EL CORDERO.

Luisa había considerado como un síntoma de reconciliación el proyecto de pasar una temporada en el campo y la circunstancia de ser Saint Ires el punto elegido. Contaba con que las entrevistas indispensables en aquel retiro y las largas conversaciones que habían de entablarse, producirían naturalmente el resultado quizá por ambos apetecido. Mucho tiempo hacía que Luisa acostumbraba á espaciar su ánimo en presencia de su esposo, y si no era tanto el abandono del carácter de este, no la cedía la primacía en lo de lealtad y confianza: pero ambos eran orgullosos y á la sazón había entre ellos un secreto cuya revelación anhelaban y temían. Llegado el momento de hablar cada uno aguardaba una declaración y se dirigían recíprocamente una pregunta. Pensaba Mma. de Noirmont en la injuria que había recibido en público, en la exactísima denuncia de Enrique, y se aferraba en una dignidad penosa. Su marido fluctuaba entre dudas y no pretendía sino recobrar sus creencias. Ambos padecían y se esforzaban por ocultar sus penas, al paso que todo les inducía á la confianza aproximando al uno los brazos del otro. No había sitio que no les recordase un ensueño apenas estinguído, una emoción del todo reciente. Con frecuencia salían juntos á visitar los trabajos hechos en la granja, y discutían los planes de embellecerla. Entonces el accidente más insignificante, el son de la campana, el murmullo de las hojas, el vuelo de un pájaro producía una misma impresión en sus corazones, susurraba una voz dulce y armoniosa en el fondo de sus almas dando vida á olvidadas sensaciones. Buscaba Luisa palabras de perdón ó de súplica; pero M. de Noirmont fingía no comprender nada; y aún sucedía á veces que al volver el rostro su esposa no le veía á su lado. Entonces renacían sus incertidumbres, y no hallaba alivio á sus dolores sino en la intimidad confidencial de su correspondencia con Mma. de Bornes.

No tardó esta en darle cuenta á Enrique del viaje de Luisa. Por su parte el conde de Pons participó á la marquesa su expedición nocturna sin ocultar su derrota: oyóle esta sin interrumpirle y con suma atención, contentándose con mover alguna vez la cabeza en señal de incredulidad ó con fruncir levemente las cejas en muestra de desaprobación. Mientras tanto jugaba Mma. de Bornes maquinalmente con un elegante juguete sujeto á su cintura por una cadena de oro, y de vez en cuando fijaba sus rasgados ojos en un ángulo de la techumbre como si buscase allí la explicación de un misterio del corazón ó la inspiración de un consejo provechoso. Había en su actitud y en toda su persona la fatuidad de un joven erudito y el aplomo de un doctor consumado; pa-

recia un abogado escuchando con estudiada condescendencia las difíciles explicaciones de un cliente. Mma. de Bornes, luego que su protegido

terminó el relato de su aventura afectó por breve espacio una dignidad cómica, y le dijo fijando en él sus ojos penetrantes y maliciosos.



— ¿Es posible, Dios mío, que la muger sea siempre un enigma para el hombre? Ese enigma nos parece á nosotros tan sencillo y transparente que nos maravilla esa fama de sutileza que se nos atribuye. Por lo que á mi toca entiendo que eso no es sino una galantería en que han convenido los hombres y ha pasado así á costumbre. El espíritu de la muger tiene menos fuerza y elevación que el del hombre, esto es indispensable; si fuese de otro modo estaría la muger menos dotada de atractivos, lo cual se opone al objeto visible de la naturaleza. Es un error interpretar la debilidad por astucia, y la pequeñez por habilidad: eso equivaldría á decir que el elefante tiene menos inteligencia que un pájaro porque es mayor su mol, y que la pantera es menos astuta que el gato porque es más fuerte. No conozco muger alguna desde Isabel de Inglaterra y Catalina de Médicis hasta Mma. de Noirmont la más artificiosa de las damas, y Ninon, la más sencilla de las coquetas que posea ni un átomo de diplomacia. Siempre que un hombre no siendo setenton ni Quasimodo, consienta en seguir á una muger á su terreno natural que es la coquetería, gozará respecto de ella la ventaja de la araña sobre la mosca. Las heroínas de la clase no eran, que yo sepa, espíritus eminentes ni aun por esa facultad de percepción microscópica y de combinaciones diabólicas con que ha dotado á nuestro sexo una preocupación lisongera.

Después de esta disertacioncilla en forma de prólogo hizo la marquesa una breve pausa en ademán de hallarse satisfecha, como un orador que finje tomar aliento después de un periodo de efecto seguro.

(Continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

El domingo era el día señalado para la subasta del *Diario de Avisos* por el término de dos años, esto es, hasta el 31 de octubre de 1845. A este remate concurrieron varios licitadores, entre ellos

los señores Pita, Yenes, Boix, Hidalgo y Jordan. Se dió ante todo, cuenta de la real orden en virtud de la cual se procedía á la subasta, previniéndose que no se admitiera ninguna postura que bajase de 14000 rs. cantidad fijada por tipo, y con referencia al pliego de condiciones. Observó el señor Boix justamente que dicha cantidad era escasa, y aun cuando en ella se rematase el *Diario*, aquel á quien se lo adjudicára entraría desde luego con pérdida segura; no atinando la razón porqué era tan alto el precio que por tipo se establecía. A esto contestó el oficial del negociado que había quien diese aquella cantidad y por eso se partía de aquella base. Comenzó pues á pregonarse la subasta del *Diario* espresando que había hecha postura en 14000 rs. Uno de los concurrentes observó entonces cuán monstruoso era que se abriese una subasta pública con una postura privada; y así lo estimó también el señor secretario de la gefatura política que presidía el acto, cuando espuso que en la real orden nada se decía de que hubiese hecho nadie postura en 14000 rs. y mandó que se pregonara la subasta tomando esta cantidad por tipo. Mas como la real orden se referiese al pliego de condiciones se pidió su lectura, y de ella resultó que en dicho pliego se hablaba terminantemente de que había quien diese 14000 rs. por la subasta del *Diario*. Se insistió de nuevo en lo absurdo de semejante postura: repitió el presidente que á la real orden era á la que debía atenderse sin tener en cuenta el pliego de condiciones; mas habiéndose demostrado que ambos documentos estaban íntimamente ligados entre sí y que entre ellos debía existir completa armonía, y habiendo declarado el señor presidente á petición de varios licitadores que sinó se pujaba sobre los 14000 rs. no se adjudicaría la subasta á ningún postor privado, se retiraron todos sin hacer proposición ninguna.

Tal es la relación exacta de los hechos: convenimos en que toda subasta debe partirse de una base, mas quien la fije debe cuidar de que no sea desde luego ruínosa para los que al remate concurran. El *Diario de Avisos* tiene en el día dos adversarios poderosos: *El Avisador* del señor Mella-

do y el *Nuevo Avisador* del señor Boix, quedando solo de suscritores al *Diario* los que indispensablemente lo necesitan por los anuncios oficiales. Nos hallamos íntimamente persuadidos de que no habrá quien dé 14000 rs. por el remate, y si lo hubiese será porque está muy mal con su dinero. El tiempo por testigo.

Tendremos el gusto de oír de nuevo en el *Belisario* al señor Salvator, con la notable ventaja de que los papeles confiados antes á la Carlota Villó y á Balestrazzi están ahora á cargo de Sinico y la Gariboldi.

UN MODO DE INSTRUIRSE VIAJANDO.

El *Sully* volvía de Nápoles y entraba en la rada de Liorna; el mar que había sido para nosotros borrascoso desde *Mole de Gaeta* se fue apaciguando por grados al amanecer. Todos los pasajeros se hallaban sobre cubierta desde las siete de la mañana á fin de admirar aquella ciudad italiana, la playa unida y raja que se extiende hasta la torre de *San Pietro Agrado*, los lejanos montes de la Toscana y las formidables alturas de *Montenero*. Tres pasajeros, menos curiosos y mas indolentes y cansados que los demas, eran los únicos que permanecían en sus camarotes: uno de ellos era el que escribe estas líneas, y solo conocía á los otros dos por el número de sus literas: el mozo, muchacho ó pituelo de cámara los llamaba número 1 y número 2.

Estos dos pasajeros, aliviados ya del mareo, se creían felices por haber recobrado el uso de la palabra, y comenzaron desde sus literas un diálogo mucho mas divertido para mí que el espectáculo de Liorna sobre el mar

- Núm. 1.—¿Creeis, amigo, que haremos noche en Liorna?
- Núm. 2.—Sí; me parece que debemos detenernos veinte y cuatro horas.
- Núm. 1.—¿Ha estado Vd. en Liorna?
- Núm. 2.—¡Vá! tengo casa establecida en esa ciudad.
- Núm. 1.—En tal caso debo conocerla, porque nada ignoro de ella.
- Núm. 2.—¿Comercia Vd?
- Núm. 1.—Poca cosa; en vinos. ¿Sabe Vd. que hace dos horas que he pedido un vaso de Madeira? ¡Eh! ¡Mocito!
- Núm. 2.—Y yo otro de naranja... No se puede navegar de este modo.
- Núm. 1.—Llegaremos á Marsella pasado mañana á las diez y será otra cosa.
- Núm. 2.—En efecto, entre diez y once. Usted por supuesto viene de Nápoles...
- Núm. 1.—Sí, señor.
- Núm. 2.—Yo me he embarcado en Civita-Vecchia, porque vuelvo de Roma.
- Núm. 1.—¿Y qué tal? ¿Os ha gustado aquel comercio?
- Núm. 2.—Así, así; no me han faltado comisiones y he vendido algunos efectos, pero conozco que Roma es una plaza detestable.

- Núm. 1.—La última vez que estuve en ella me fastidié completamente.
- Núm. 2.—¿En dónde os hospedabais?
- Núm. 1.—En la *Torretta*, cerca de San Agustín... ¿Y vos?
- Núm. 2.—En la *Locanda* de Luis, calle de Mercaderes.
- Núm. 1.—¡Ah! sí; al lado de San Pedro.
- Núm. 2.—Pues no hay mas que pasar el puente de... ya no me acuerdo; aquel puente que está sobre el río... ¿Cómo se llama el río?
- Núm. 1.—No sé; él es un río que tiene un puente, en el cual hay angeles de mármol.
- Núm. 2.—Justamente; no pasaba un dia sin que yo lo atravesase cinco ó seis veces. ¿Como que continuamente iba á ver la iglesia de San Pedro?
- Núm. 1.—Es lo mejor que hay allí ¿Ha visto Vd. los angeles del bautismo?
- Núm. 2.—Buenos bultos por vida mia
- Núm. 1.—¿Y los leones del sepulcro de... del papa...
- Núm. 2.—El nombre importa poco; los he visto mil veces, pero me causaban miedo.
- Núm. 1.—¿Y la muerte?
- Núm. 2.—¿Qué muerte?
- Núm. 1.—La que está al lado opuesto, en el otro sepulcro...
- Núm. 2.—¡Ah! Ya caigo, una muerte dorada... sí, sí. ¿Qué me direis de aquella estatua de muger... de aquella muger que los ingleses...?
- Núm. 1.—¿La Santa Verónica?
- Núm. 2.—Me parece que no. ¿Es la Verónica una que tiene en la mano un pañuelo blanco?
- Núm. 1.—Sí, tan grande como una bandera.
- Núm. 2.—Pues no es esa, sino otra que está acostada detras del altar mayor.
- Núm. 1.—Ya, ya: por cierto que le pusieron una camisa por causa de los ingleses, pero el sacerdote la descubre por un franco.
- Núm. 2.—Pues yo no sé mas que medio.
- Núm. 1.—Se dá lo que se quiere.
- Núm. 2.—En cuanto á los ingleses les diria yo si fuera papa; ó habeis de guardar á mi iglesia el debido respeto ó no entrareis en ella. Os aseguro, amigo, que no puedo sufrir á los ingleses.
- Núm. 1.—Son los enemigos declarados de todas las naciones.
- Núm. 2.—¿En dónde comiais en Roma?
- Núm. 1.—Comia... ¿Cómo se llama aquella calle, á cuya entrada hay un oso pintado?
- Núm. 2.—La calle del Oso.
- Núm. 1.—Eso es; no me acordaba: calle del Oso, en casa de Constantini, que me trataba bien: sopa á la parmesana con pollos, un famoso potaje de lentejas, otro cocido de yerbas con su buen trozo de liebre legitima...
- Núm. 2.—En Roma las hay esquisitas.
- Núm. 1.—Tampoco faltaban espinacas y algunos pajarillos guisados en cazuela; el vino era bastante a rrio, pero me sentaba á las mil maravillas, y todo esto solo me costaba un franco ó poco mas.
- Núm. 2.—Pues yo comia en la fonda de Gippini, en la plaza de Vandoma.
- Núm. 1.—¿En Paris?
- Núm. 2.—No, hombre, en Roma: se llama así la plaza del correo.

- Núm. 1.—Es verdad, aquella que tiene una columna parecida á la de Paris...
- Núm. 2.—Con la única diferencia de que la nuestra es de bronce y la de Roma de mármol.
- Núm. 1.—El caso es que de noche se parecen como dos gotas de agua, observacion que hice muchas veces al salir del café del *Leon de Oro*.
- Núm. 2.—*Lis de Oro* quereis decir, que es el que está en la esquina del Corso, al lado de la librería de Merle.
- Núm. 1.—¡Toma! ¿Habeis conocido á Merle?
- Núm. 2.—Mucho; es un excelente sugeto.
- Núm. 1.—Un verdadero francés.
- Núm. 2.—Y se llama Merle.
- Núm. 1.—¿Qué nombre tiene aquel pueblo que dista de Roma tres ó cuatro leguas? Esperad un poco... tengo su nombre en la punta de la lengua... se pasa para ir á él por delante de un gran edificio...
- Núm. 2.—El Capitolio...
- Núm. 1.—No... sí, sí, el Capitolio: se baja despues por... Ahora me acuerdo de que se me olvidó pedir unas cuentas á Mr. Asquier...
- Núm. 2.—Tambien conozco á Mr. Asquier; vive al lado de aquella hermosa plaza, que tiene escaleras de mármol y una fuente de la misma figura de una barca...
- Núm. 1.—Eso decia yo; allí está el Seminario de la Propaganda... ¡Oh! yo escribiré á Mr. Asquier desde Liorna... En seguida se toma por un largo camino adornado con tres arcos de triunfo...
- Núm. 2.—No hay mas que dos.
- Núm. 1.—Me parece que son cuatro.
- Núm. 2.—Vamos á contarlos: uno á la bajada del Capitolio.
- Núm. 1.—Uno.
- Núm. 2.—Otro junto á la iglesia de...
- Núm. 1.—Bueno; consiento en que sean tres: se pasa luego por delante de aquel edificio en que los cristianos se las habian antiguamente con los rinocerontes... un poco mas adelante se encuentra otro camino á la izquierda...
- Núm. 2.—Que siempre está lleno de polvo....
- Núm. 1.—En él hay una iglesia con un obelisco construido por...
- Núm. 2.—Y con una escalera por la que es preciso subir de rodillas ¿No lo habeis hecho alguna vez?
- Núm. 1.—No: allá á lo lejos se vé el pueblo de que he hablado. ¿Sabeis cómo se llama?
- Núm. 2.—Voy á ver si me acuerdo....
- Núm. 1.—Se celebra fiesta por Pascuas...
- Núm. 2.—Ya, ya, y se baila furiosamente.... pero me parece que entramos en el puerto, porque hay mucho barullo sobre cubierta. ¡Si habrá llegado la falua del resguardo!
- Núm. 1.—¿A donde vais á parar en Liorna?
- Núm. 2.—En la *Quercia reale*.
- Núm. 1.—Yo en el *Aguila negra*, cerca del canal.
- Núm. 2.—¿Pensais pasar á Pisa?
- Núm. 1.—No: ya he visitado esa ciudad.
- Núm. 2.—Yo tambien he visto la *Torre torta*.
- Núm. 1.—Encorvada por un temblor de tierra segun dicen.
- Núm. 2.—¿Habeis estado en Florencia?
- Núm. 1.—Sí; es ciudad muy triste.

(Concluirá.)

TEATROS.

CRUZ.
A las siete y media de la noche.
En celebrad del cumpleaños de S. M. se dará la última representacion (por ahora) del muy acreditado drama de costumbres populares en dos jornadas, titulado
LO DE ARRIBA ABAJO Ó LA BOLSA Y EL RASTRO,
que será exornado con todo su aparato, como en las anteriores representaciones, siempre estraordinariamente concurridas.

PERSONAGES. ACTORES.
Udefonsa. Sras. Perez (D. J.)
Carolina. Flores.
Ramona. Lapuerta.
Cacharrera. Castillo.
Tendera. Duran.
Guisandera. Perez (Da. M.)
Lechera. Perez (Da. M.)
D. Gabriel. Sres. Lombardia.

Por la solemnidad del dia estará el teatro iluminado.

NOTA. Teniendo que hacerse en las localidades de este teatro una obra que ha de reportar al público grandes ventajas, se suspenden por algunos dias las funciones desde mañana.

PRINCIPE.
A las siete y media de la noche.
1.º Sinfonia á completa orquesta.
2.º Sesta representacion de la comedia nueva, original en cuatro actos, y en verso, escrita por uno de nuestros mas distinguidos literatos, titulada
LA RUEDA DE LA FORTUNA
PERSONAGES. ACTORES.
Marquesa. Sras. Diez.
Clara. Lamadrid.
Petronila. Llorente.
Zenon. Sres. Romea (D. J.)
Conde. Romea (D. F.)
Duque. Sobrado.
Mauricio. Guzm. (D. A.)
D. Diego. Noren.
Keen. Perez.
Caballeros. Garcia.
Ugieros. Paris.
Ornero. Sanchez.
Lledó.
Ornero.

Portero. Fernz (D. J.)
3.º Gran sinfonia de Guillermo Tell.
4.º Juguete bailable, compuesto y dirigido por don Angel Estrella. La música de este paso es composicion de don Manuel Martínez, profesor de la orquesta de este teatro.
5.º Sinfonia de Fra-Diabolo.
6.º Terminará el espectáculo con un divertido sainete.
En celebrad del cumpleaños de S. M. la Reina doña Isabel II, estará el teatro iluminado.

CIRCO.
A las siete y media de la noche.
EL NUEVO MOYES.
Opera nueva en 4 actos: se estrenarán 5 decoraciones y todo el vestuario.

IMPRENTA DE BOIX